

Adelaida Sourdis Nájera

El registro oculto.

Los sefardíes del Caribe en la formación de la nación colombiana, 1813-1886.

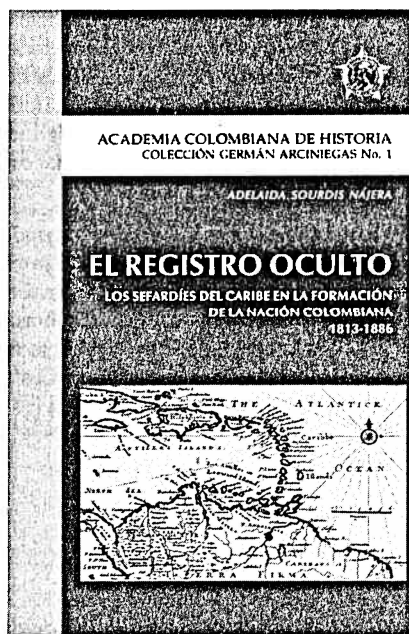
BOGOTÁ: ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA. COLECCIÓN GERMÁN ARCINIEGAS, No. 1, 2001, 191 PÁGS.

Por: Azriel Bibliowicz

“**T**an pocos, han cambiado tanto, en tan poco tiempo”. Esta frase podría sintetizar el importante libro de Adelaida Sourdis Nájera.

Esta obra, publicada por la Academia Colombiana de Historia, y con la cual se inaugura la colección Germán Arciniegas, demuestra que todavía hay mucho terreno inexplorado en nuestra historiografía, y que el país tiene abundante material por desentrañar en términos del aporte cultural y social de algunos grupos minoritarios que han desempeñado un papel relevante en la construcción y formación de la nación colombiana. Sin duda, hay un desconocimiento sobre diversas comunidades, que a pesar de su tamaño, no merecen la indiferencia a las que se han visto condenadas, ya que sus contribuciones han sido significativas y han hecho mella en nuestra realidad. Más aún, resultan fundamentales si deseamos reconocer la pluralidad y diversidad cultural, que constituye el conglomerado de regiones y culturas que hoy nos conforman. Así pues, el estudio de los sefardíes y su impacto en la costa caribeña se convierte en revelador y necesario para comprender la Colombia moderna.

La historia que narra Adelaida Sourdis Nájera es, en verdad, fascinante e ignorada. Quizá, para entender el impacto de los cambios que generaron estos inmigrantes, vale la pena recordar y analizar cómo evolucionaron los tres principales puertos del Caribe colombiano. En la época colonial, Barranquilla era una aldea de aproximadamente 3.000 habitantes, compuesta por pescadores, humildes agricultores y artesanos. Cartagena, el puerto más importante de la Costa, disfrutaba de un monopolio sobre el comercio exterior, y Santa Marta venía a ser el segundo en importancia de la región. Si damos un salto y miramos la situación de estas mismas ciudades en 1835, durante los primeros años de la República, vemos que Cartagena mantenía su liderazgo como la primera ciudad de la Costa, y contaba con 11.929 habitantes, mientras Barranquilla tenía 5.359. En pocas palabras, durante los primeros años de la República, Cartagena doblaba la población de Barranquilla, y Santa Marta continuaba siendo el segundo puerto de la Costa con 5.929 habitantes. Sin embargo, en 1835 Cartagena dejó de disfrutar los privilegios que gozaba, en cuanto al comercio exterior se refiere, y que mantuvo



durante la Colonia. A partir de dicho año comienzan también a llegar a “La Arenosa” un pequeño grupo de inmigrantes sefardíes provenientes de Curazao (se denominan judío-sefardíes a aquellos cuyo bagaje cultural tiene sus raíces en la cultura judía que se desarrolló en España antes de 1492).

También a partir de dicha fecha arribó a la ciudad un conjunto de inmigrantes alemanes, entre ellos algunos judíos de esa nacionalidad, así como un grupo de sirio-libaneses, fundamentalmente de religión católica.

Para 1871, de acuerdo con los archivos de la comunidad de Curazao, la colectividad judía curazoleña en Barranquilla era de unos 64 miembros. La información, como bien lo explica Sourdis Nájera, no es del todo clara, ya que no especifica si esta cifra comprendía a mujeres y niños. Probablemente el dato se refería a los hombres y, por consiguiente, la comunidad total se podría calcular en unas 360 personas, si se tiene en cuenta que las familias eran extensas y el promedio oscilaba entre tres y cuatro hijos.

En sólo 36 años, gracias a la dinámica que le imprimieron estos inmigrantes, Barranquilla dio un vuelco y comenzó a tener un desarrollo vertiginoso. En 1871 ya contaba con 11.595 habitantes frente a 8.603 de Cartagena y 5.742 de Santa Marta. Se había transformado en el puerto más importante de la Costa.

El libro de Sourdis Nájera investiga y demuestra que este pequeño contingente de 64 familias tuvo un impacto determinante y fundamental en el crecimiento de la ciudad, y sus miembros fueron decisivos en la aplicación de las políticas sociales, económicas y culturales que se llevaron a cabo en esos años. Sin ellos no es posible explicar el progreso de la ensenada de Sabanilla, que quedaba al lado de Barranquilla, ni el desarrollo de la industria, el comercio, la banca, los medios de comunicación, las artes y la cultura en la ciudad. En cierta forma se transformaron en uno de los grupos catalizadores que marcaron el cambio y que impulsaron a Barranquilla.

Tomemos algunos ejemplos mencionados en el libro, simplemente a manera de ilustración:

La aviación no hubiera sido posible sin la participación de este grupo social, y no es una casualidad que el aeropuerto de Barranquilla se llame Ernesto Cortissoz, honrando con ello a uno de los descendientes de esta inmigración de judíos curazoleños, y que fue a su vez artífice del desarrollo de este sistema de transporte en Colombia.

El primer cinematógrafo de la ciudad se debió a los hermanos Zacarías Penha, quienes fueron los primeros en traer el séptimo arte a Barranquilla. También es cierto que en su Librería Popular se vendían libros y música, y en el café de los López Penha, llamado La Estrella (ya que tenía una estrella de David que lo distinguía) se convirtió en punto de encuentro y de tertulia en la ciudad. También es importante señalar que Abraham Zacarías López Penha fue uno de los primeros poetas modernistas de Colombia.

El primer acueducto de la ciudad también se debe a esta inmigración sefardí, y varios de sus miembros presidieron la junta directiva y fueron accionistas de la misma.

La banca creció gracias a las empresas de este grupo inmigratorio, y el comercio se incrementó, tanto interna como externamente, transformándose en una actividad vital y emblemática para la ciudad, a punto de que Barranquilla se conoció con el mote —despectivo para algunos— de “Ciudad Fenicia”.

Sin lugar a dudas, estos inmigrantes tenían una mejor preparación, que la población

local

local, mentalidad capitalista, sistemas y procedimientos de trabajo modernos, y mayores relaciones internacionales. No es extraño que rápidamente se constituyeron, con los otros grupos extranjeros, en una élite que sirvió de acicate para la modernización y el crecimiento de la ciudad.

Pero también es cierto que Colombia nunca fue un país de inmigrantes. Si bien este grupo de judíos no sufrió mayor discriminación social, por cuanto con el tiempo llegaron a ser miembros prestantes de la sociedad, y pertenecieron y fundaron clubes sociales exclusivos, a pesar de ello no siempre fueron bien vistos. Se vieron menospreciados por algunos sectores conservadores y católicos de la ciudad. La Iglesia no fue tolerante con este grupo, y los matrimonios entre judíos y católicos no tuvieron buena aceptación. Por cierto, Moisés López Penha fue puesto preso en Soledad por negarse a arrodillarse cuando pasaba la procesión del viernes santo. Durante la noche varios individuos irrumpieron en su celda y lo asesinaron.

Aun cuando todo parece indicar que el incidente fue un caso aislado, no deja de ser diciente y señala cómo, a pesar de que Barranquilla fuera el puerto más liberal y tolerante en el país, no todo fue color rosa para estos inmigrantes. Indiscutiblemente, estos sefardíes, entre los que se encuentran apellidos tan conocidos como: Cortissoz, Correa, Senior, Juliao, Sourdis, Salcedo, Henríquez, De Sola, Simmonds, para mencionar sólo algunos, fueron poco a poco integrándose a la vida de la ciudad y del país, a punto tal que como comunidad religiosa se asimilaron y prácticamente desaparecieron. Fue sólo a principios y mediados del siglo XX, con otra pequeña ola inmigratoria proveniente esta vez de Turquía y algunos países árabes, que el país volvió a contar con una comunidad sefardí.

Colombia siempre ha sido un país cerrado en cuanto a políticas inmigratorias. Esta experiencia, que marcó el desarrollo de países de América Latina como Argentina, Brasil, Chile, Cuba o Uruguay, no se produjo en forma similar en la región andina. La Costa,

hasta cierto punto, fue la excepción que confirmó la regla. Y no obstante, los inmigrantes que ha recibido Colombia en general, y la Costa en particular, siempre han sido exiguos respecto a la población total. Lo que resulta impactante es la influencia que han tenido estos grupos, y los cambios que fueron capaces de llevar a cabo.

Ahora bien, la libertad religiosa es un hecho reciente y consagrado apenas hace una década en la Constitución política de 1991. Tal vez por ello no debe extrañarnos que la historia de los sefardíes en Colombia sea, como bien lo anota Adelaida Sourdis Najera, un registro oculto e ignorado para la gran mayoría de los colombianos.

Para terminar, sólo debo agregar que gracias al meticuloso y delicado trabajo de investigación de esta historiadora, con este libro se abren unas páginas desconocidas para la historia de Colombia presentan de manera incuestionable los logros de estos inmigrantes sefardíes curazoleños, que merecen reconocimiento π